

sobre un discurso mercantilista y de la población aparecido en el "papel periódico de santafé de bogotá"

luis alfonso paláu c. *

In Memoriam, Déborah C. de Paláu

Uno, Uno

Uno de los efectos más inesperados de mi trabajo, «Caldas, autor de un pequeño tratado pascalino de antropogeografía» fue el de conectar, sin darme mucha cuenta, dos dimensiones del saber que podríamos llamar, más por cómoda convención que por trabajo crítico, la de las ciencias naturales y la de las ciencias sociales. Por una parte las elaboraciones en torno a la noción de «medio» geográfico y por la otra las implicaciones de las relaciones que con tal medio anudan los vivientes humanos. Sin mucho rigor, apenas como eco que resuena, parecería que se conectaban en aquel trabajo dos de las características sobresalientes de lo que tradicionalmente se llama «Ilustración». Por una parte el reconocimiento de un poder del sujeto humano en

tanto que se capta a sí mismo como sujeto de razón, siendo tal razón, por otra parte, un poder histórico objetivo que está comprometido con el desarrollo socio-técnico-científico. Pero además, proceso indefinido de la racionalidad como progreso de la conciencia, del conocimiento y del perfeccionamiento técnico-social.

Y digo que sin rigor porque no podemos continuar aceptando como indiscutible la utilización del término «ilustración» para referirnos a un indefinido o equívoco objeto histórico-cultural. No trato de prejuzgar sobre la existencia o no de una «ilustración criolla» que habría preparado y participado en las luchas de independencia. Creo que tenemos que renovar la investigación para esclarecer sin ambigüedades qué entendemos por «ilustración» cuando de una tal figura hablamos para referirnos al último tercio del siglo XVIII neogranadino.

Sólo en la medida en que *problematicemos* el asunto dejaremos de lado las ingenuas creencias o las indiferencias despreocupadas. Porque no es

* Profesor asociado de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, seccional Medellín.

cuestión de usar términos a los cuales no corresponde ninguna construcción histórico-conceptual. Como lo ha señalado atinadamente Eduardo Subirat en *La Ilustración insuficiente* ⁽¹⁾, la palabra española «ilustración» se acepta como una actividad en lo fundamental pedagógica y educativa que permite que la expresión verbal «ilustrar» no pase de significar: «dar ejemplos», «detallar una idea» o «dotar de grabados un texto», y que «ilustrado» se diga de aquel que posee un cierto acopio de conocimientos. Los términos de nuestro español corriente conllevan en nuestro caso una «interpretación» que apenas sí nos permite pensar el complejo movimiento de la «*Aufklärung*» o de «*les lumières*», pero que por lo mismo nos impone una zona de interrogantes que hemos aceptado y desde la cual hablaremos hoy.

Uno, Dos

Un poco a tientas, lo que hemos hecho en estos últimos años es interesarnos por la «Ilustración» (no tanto considerada como existente de hecho a fines del siglo XVIII: ontologismo de la realidad..., sino como problemática de derecho, con estatuto propio de objeto de estudio que forma la red de lo que investigamos). Porque al criticar los viejos y simplistas tópicos frecuentemente utilizados, por ejemplo: «las oscuridades escolásticas ceden el paso a las luces del conocimiento», «las especulaciones del peripato son substituidas por las útiles ciencias», «las cadenas de la ignorancia son sacudidas por el valor y el empeño de cerebros de élite, libres...» etc. se ha ido revelando todo un dominio de relaciones de orden, complementariedad o diferencia, de exclusión, divergencia o sustitución, etc. El asunto no es la vieja querella entre quienes afirman la existencia de una ilustración criolla (y que se encartan explicando en qué puede consistir eso que no es lo mismo que la «*Aufklärung*») y los que niegan tal ilustración haya existido (y que se enredan para explicar por qué el siglo XIX no siguió siendo colonial en la Nueva Granada). Tratamos de participar, de colaborar en la tarea presente de dibujar el grafo de una comple-

jidad que bien podría llamarse de otra forma, pero que nombramos «Ilustración» por motivos de inercia lexical o de reconocimiento tradicional.

Se han abierto muchas posibilidades, como las del *Papel Periódico*, y en éste, muchas vías se han ido dibujando.

Hoy, me limitaré a este punto: leyendo a Caldas encontré que en el *Semanario de la Nueva Granada* el señor Diego Martín Tanco manifestaba sus desacuerdos con el tratamiento dado por los «climistas» al tema de la moral. Y que este señor era el mismo que años antes había publicado un discurso sobre la manera de fomentar la población del país. Leerlo nos permitirá ahondar un poco más en las diferencias Caldas-Tanco en torno a un tema tan fundamental como el de la población (importancia económica, política e intelectual...). Pero para mejor poner de relieve el pensamiento económico de Tanco, empecemos por compararlo con el de otro colaborador del *Papel Periódico*. Tendremos así:

1. La lectura de una "Disertación sobre la Agricultura. Dirigida a los habitantes del Nuevo Reino de Granada" firmada por Luis de Astigarra, residente en Santa Marta y publicada en el *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, No. 55, viernes 2 de marzo de 1792. Y concluida en el No. 56 del viernes de la semana siguiente ⁽²⁾.

2. La lectura del "Discurso sobre la materia propuesta al fin del No. 13 del *Papel Periódico*" ⁽³⁾, no firmada pero identificada por el Redactor como de Diego Martín Tanco, Administrador de Correos de la capital y aparecida en los números 68 ⁽⁴⁾, 75 ⁽⁵⁾, 76 ⁽⁶⁾, 77 ⁽⁷⁾ y 78 ⁽⁸⁾ del 10. de Junio, 20 y 27 de julio y el 3 y 10 de Agosto de 1792.

2. Tomo II de la edición facsimilar del Banco de la República, Bogotá, 1978. pp. 26-32 y 33-40.

3. En aquella ocasión un personaje no identificado había dado 50 pesos para que se premiara al que produjera un discurso sobre cómo aumentar la población. (Cf. t. I. p. 102).

4. Tomo II, pp. 129-136.

5. *Ibid.* pp. 185-189.

6. *Ibid.* pp. 193-199.

7. *Ibid.* pp. 201-206.

8. *Ibid.* pp. 209-212.

1. Madrid: Taurus, 1981.

3. La carta de Diego M. Tanco dirigida a Francisco José de Caldas, fechada 10 de febrero de 1808 y publicada en el *Semanario de la Nueva Granada*, Nos. 8 y 9 del 21 y 28 de febrero de 1808.

Dos, Uno

El tono de la *Disertación* de De Astigarraga está indicado desde el epígrafe. «Omnium rerum, ex quibus aliquid exprimitur, nihil est agricultura melius, nihil uberius, nihil dulcius, nihil libero domine dignius» («mas entre todos los oficios por donde se adquiere alguna cosa, el mejor, el más abundante, más delicioso y propio de un hombre de bien, es la agricultura») ⁽⁹⁾. Porque, como vamos a intentar mostrarlo, no se trata solamente de un homenaje, sino también del despliegue de un pensamiento que se calca sobre las huellas de Marco Tulio Cicerón, a quien se comienza llamando el «mejor de los oradores, del Filósofo más universal, del Magistrado más zeloso, y del Ciudadano más lleno de patriotismo» ⁽¹⁰⁾.

Que la agricultura es el oficio más propio de un hombre de bien es «una verdad tan clara, que en sí misma tiene toda la defensa de su mérito» ⁽¹¹⁾, y por tanto, será el fundamento de los «raciocinios» de nuestro autor que no pretende más que «recordárselo» ⁽¹²⁾ a «los habitantes del fértil Reyno de Santafé».

La parte introductoria, en tono vocativo, despliega dos tipos de exclamaciones: las seculares y las religiosas.

1. La agricultura es el «más sólido cimiento de la felicidad de los pueblos» ya que sobre ella «se levantan los montes más altos de la quietud, la gloria y la prosperidad»; ella asegura «los edificios más ostentosos» de una República y todo lo que

«un Reyno puede apetecer para la manutención de sus habitantes, para su comodidad y recreo» ⁽¹³⁾. El cultivo de los campos «es el móvil que sostiene la máquina de este mundo (...) la causa primera que lo mantiene» ⁽¹⁴⁾ y sin él moriríamos de hambre.

2. Pero además, la agricultura es «la primera obligación que el Criador impuso a nuestro primer Padre Adán y el suave, útil y noble precepto que en pena de su pecado le dió» ⁽¹⁵⁾. Como hijos y herederos de nuestro Padre común en el pecado original no tenemos más que llevar la pesada carga impuesta por Dios sin atrevernos a oponernos a lo que nos fue mandado.

Estos dos géneros de afirmaciones, que podrían aparentar contradicción («piedra fundamental segura y firme» ⁽¹⁶⁾ y «ley áspera en castigo del delito cometido») son retóricamente resueltas apelando a la infinita sabiduría del Creador: Dios conocía muy bien que lo que nos dejaba ordenado «sería el principio y origen de nuestras felicidades en este mundo: sin el cual no podríamos subsistir» ⁽¹⁷⁾.

La agricultura, institución divina de castigo, se vuelve así la actividad por medio de la cual recibimos generosamente los beneficios «que nos acarrea nuestra primera Madre la Tierra» ⁽¹⁸⁾. Mientras cumplimos con nuestra obligación obtenemos de ella sustento («buen pan, vino, suaves frutas») y vestido (hechos de «lienços, paños»); si no lo hacemos, la tierra no produce sino espinas, abrojos y frutas silvestres y no tenemos más que acostumbrarnos a «no comer mas que yerbas, raizes (...) y a vestirnos con las hojas de la Higuera y del Plátano» ⁽¹⁹⁾. Y otras consecuencias peores pueden seguirse: «hambres, pestes, guerras y la ruina del Género Humano». No dejemos pasar por alto los funcionamientos míticos: mientras Don Luis de Astigarraga no tiene ningún problema en pensar en un regreso al pasado judeocristiano, paradisiaco, de

9. Cicerón. *Los oficios*. 1. I, cap. XLII. Madrid: Aguilar, 1945. p. 131.

10. Astigarraga, Luis de. *Op. cit.* p. 26.

11. *Ibid.* loc. cit.

12. *Ibid.* p. 29.

13. *Ibid.* p. 26.

14. *Ibid.* p. 27.

15. *Ibidem.*

16. *Ibid.* p. 26.

17. *Ibid.* p. 27.

18. *Ibid.* p. 26.

19. *Ibid.* p. 28.

«las hojas de Higuera» (o al Paraíso tropical de las hojas de «Plátano») sin embargo, el pasado existente, no mítico, no es más que el del saber occidental; apreciación etnocentrista y no idílica de los pueblos diferentes de Occidente. Termina así la introducción. «No se han conocido en el globo de la tierra gentes tan incultas y bárbaras que de algún modo no ejerciten la labranza, aunque sea con aquella estupidez, y poquedad, propias de su abandono brutal, poca instrucción, y grande desidia, que reinan entre ellas. Hasta las naciones más feroces de la América, África y Asia la han practicado siempre; y la practican: pues aunque tan estupidas no dexan de conocer las utilidades que de ella se les siguen» ⁽²⁰⁾.

Tres serían las proposiciones que conforman el cuerpo de la disertación:

Primero: la nobleza de la agricultura.

Razones: el labrador cumple con el «primer precepto del Altísimo». Su trabajo es el más necesario, esencial y útil de los que realiza y puede realizar el hombre. Pero además, «si lo ilustre, y noble de una familia, o linage se deriva generalmente de su antigüedad; y lo mismo sucede con los empleos, ejercicios, y artes, ninguno se debe tener por tan noble y distinguido como el de la agricultura» ⁽²¹⁾. Sin dificultades, nuestro autor identifica «antigüedad» y «nobleza» probando así que al ser la agricultura la labor que ocupó al primer hombre tiene que ser por ello la actividad más noble.

«Todos saben que en todos tiempos ha sido noble y nadie ignora que es el ejercicio más honroso de quantos puede escoger el hombre, pues ya hemos visto que nuestro Padre así como fue el primer Soberano del mundo, fue también el primer Labrador» ⁽²²⁾. Pero el argumento religioso queda reforzado por el relato de una línea ininterrumpida que «históricamente» iría hasta la España de entonces. A la agricultura se dedicaron «Abel, Seth, Noé, Abraham, Isaac, Jacob y demás patriarcas (...) los romanos» ⁽²³⁾ (...) el Rey de Siam (...)

todas las potencias (...) más cultas de Europa, mayormente en nuestra ⁽²⁴⁾ España, en donde cualquier labrador se tiene por muy noble, y ningún noble se desdén de ser labrador» ⁽²⁵⁾. Los tres párrafos dedicados a la agricultura en Roma no dejan de hacer clara referencia al texto «Sobre la Vejez» que se encuentra en *Los Diálogos* de Cicerón (Cap. XVI «Los hombres grandes vivían antiguamente en los campos: en ninguna parte puede ser más dichosa la vejez»; Cap. XVII «En la agricultura han hallado sus delicias aún los hombres grandes» ⁽²⁶⁾). Allí se cuenta, por ejemplo, cómo L. Quincio Cincinato recibió, en momentos en que araba, la noticia de que había sido nombrado dictador y cómo era frecuente la práctica de ir a llamar a sus granjas a Curio y los demás viejos para que vinieran al Senado, utilizando mensajeros que tomaron el nombre de «llamadores». Nuestro autor escribe: «á aquellos que con el sudor de su frente, y el cansancio de su cuerpo proporcionaban á los demás ciudadanos su alimento, y vestido; á aquellos digo los engrandecían desuerte, que haciendo de su conducta, y virtudes la debida confianza, les obligaban á que dexando el arado, y los bueyes en aquel mismo instante fuesen á ocupar la dignidad de Pretores». Y añade: «Tal era la estimación que lograba entre los célebres romanos la agricultura, y para más honrarla, muchas de sus ilustres familias tomaban los apellidos derivándolos de algunos frutos, o voces de ella; como los Cicerones de los garbanzos, y los Fabios de las avas; dando a entender con esto que deseaban eternizar el mérito de la labranza con la memoria de sus nombres» ⁽²⁷⁾. Etno-historia-ficción de Roma que ahonda en algo indudable: la estimación que los romanos tuvieron por la agricultura. Sin embargo, como lo veremos más adelante, la nobleza que se le asignaba a tal institución estaba directamente vinculada con la forma como se organizaban las interrelaciones sociales: «El Imperio Romano tuvo también su origen en pequeñas comunidades agrícolas, con muy escaso comercio y una rígida división en clases sociales. Pero las condiciones geográficas favorables, la abundancia de recur-

20. *Ibid.* p. 28-29.

21. *Ibid.* p. 29.

22. *Ibid.* p. 31.

23. *Ibid.* p. 29.

24. *Ibid.* p. 30.

25. *Ibid.* p. 31.

26. Cicerón. *Op. Cit.* pp. 339-344

27. De Astigarraga. *Op. Cit.* p. 30. El autor cita la anécdota tomándola de Ovidio.

sos naturales, el logro temprano de una especie de cohesión nacional y la conquista de colonias, que durante algún tiempo resolvieron el problema de los agricultores empobrecidos, produjeron una transición rápida a una estructura social más amplia y compleja» ⁽²⁸⁾.

Sobra añadir que la «originalidad» del argumento mítico esgrimido para probar la «nobleza de la agricultura» no comporta posibilidades de encuadre en un pensamiento económico. Es sólo una afirmación de orden religioso que más bien expresa el deseo tradicionalista de retornar a condiciones pasadas al sostenerse sobre el postulado de que lo más antiguo es lo más noble.

Segundo: la utilidad y provechos de la agricultura mirados con respecto al bien público de una monarquía o de una provincia.

Razones: «Para poder probar las utilidades de la agricultura (...) no se que decir. Considero una cosa enteramente inútil, solo el intentarlo (...) Basta pues decir que sin ella no podemos subsistir, y que acabándose la agricultura enteramente, se acabaría también el Género Humano» ⁽²⁹⁾.

Y antes de pasar al tercer punto escribe «¿La agricultura pues, qué utilidades y bienes no nos traerá si es hija legítima, y compañera de la paz?».

Es muy interesante esta ausencia de argumentos que se llena con la plenitud de la evidencia. Indica la incapacidad de problematizar algo que ya era problemático en su época en España y sus colonias ⁽³⁰⁾. O dicho de otra manera: no basta con haber nacido y vivido en el siglo XVIII para pensar como un hombre de tal siglo. No todos los que hablan sobre la «utilidad» de la agricultura (y de las ciencias) entienden lo mismo por tal consigna. Parece que para de Astigarraga la utilidad social de la agricultura no excede en nada los estrechos límites del proceso de satisfacción de las necesidades. En tales con-

diciones no es posible esperar ninguna reflexión sobre las dependencias de la agricultura con los mercados de exportación, ni sobre el creciente poder del dinero, ni sobre el empobrecimiento. ¿Podrá comprender algo sobre la división del trabajo? ¿Comprende las conexiones entre esta división especializada y el comercio? ¿Se puede preocupar por los abaratamientos que la especialización trae consigo? Pero no nos precipitemos. Continuemos pues con la lectura de la disertación que nos ocupa.

Tercero: los mismos beneficios que la agricultura da a los particulares y a las familias de quienes la ejercitan.

Mientras que poco se ha abundado en el segundo punto, este tercero ocupa prácticamente la mitad del texto. Pienso que eso es explicable si tenemos en cuenta que la noción de «economía» de que podía disponer nuestro autor, se limita al campo que había sido determinado desde Aristóteles. Si consideramos que la «economía» trata de la administración doméstica hemos de decir que este tercer punto es el propiamente económico de la disertación (por ello habla de los particulares y sus familiares) ⁽³¹⁾.

Así comienza: «¿Qué vida más deliciosa puede haber que la de un labrador? Aquellos que separados de las Cortes, ausentes de las ciudades, y libres de negocios pasan la vida en el campo, son los que la consiguen más feliz que todos los demás: ellos son los que disfrutan del sosiego, mientras los otros viven inquietos, sobresaltados, y llenos de ambición. Los labradores gozan de la libertad, cuando los otros están esclavizados con la adulación, y la envidia: (...) sé que quienes sufren menos son los labradores, generalmente: Los poderosos son los que más aflicciones padecen; á propósito que crecen las riquezas, y los honores, se aumentan también los sustos, la ambición, y los nuevos deseos, que inquietan á los que poseen; haciendo su vida descontenta,

28. Eric Roll. *Historia de las doctrinas económicas*. México: F. C. E., 1978. p. 39.

29. De Astigarraga. *Op. cit.* p. 31.

30. Digo "incapacidad" porque en un párrafo anterior —sobre el cual volveré— el autor menciona las Sociedades económicas que ya funcionaban en España y parece estar al tanto de las tareas que realizaban y de los medios que utilizaban.

31. En el "Preliminar escrito por don Manuel del Socorro Rodríguez presentando los motivos de la publicación" (Nº 1 *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*. Miércoles 9 de febrero de 1791) se lee: "La filosofía política que nos conduce al conocimiento gubernativo de los pueblos, la moral que influye a cerca de la regularidad de nuestras costumbres, y la económica que nos inspira un sabio método en orden a nuestras familias, podemos decir que son las tres potencias del alma de la Prudencia" (p. 2).

e infeliz: Al contrario los pobres desean poco, y se afligen menos que aquellos. El pobre labrador tiene únicamente su cuidado, y todo su anhelo en que caiga un aguacero; su conato es conseguir una cosecha regular: que los campos estén floridos, y verdes, y últimamente nunca perece por falta de lo que desea; pues no apetece mas que el alimento preciso; y al mismo tiempo el poderoso angustiado de sus deseos, oprimido de la ambición y afligido con mil inquietudes, que le rodean, muere infelizmente, sin que le sirvan de alivio las opulencias que posee» ⁽³²⁾. Y el modo de vivir del labrador infunde amor al Creador y caridad a los hombres: «En el campo es donde más desocupado está nuestro entendimiento, para conocer, y alabar la suprema omnipotencia de Dios: allí es donde se pasa el tiempo con utilidad» ⁽³³⁾. Mientras que el hombre de ciudad distrae su entendimiento en diversiones inútiles que le hacen olvidar a Dios y le impiden pensar en la muerte, «el labrador goza de la vida más contenta que los demás hombres, y que muere rodeado de menos aflicciones que ellos» ⁽³⁴⁾. Son los cortesanos, los negociantes, los ricos, los estudiosos, los letrados, los nobles quienes padecen la ambición, la búsqueda de fama, las envidias, las satisfacciones poco duraderas. «Sólo el labrador como anhela poco o lo consigue con facilidad, o si no lo consigue, se aflige también muy poco. En una palabra no hay vida más descansada, y gustosa que la del sembrador, tanto para el ánimo, como para el cuerpo: Aquel, separado de las difíciles empresas, y contento con lo que posee, se halla claro, despejado, y alegre; y este criado con los sólidos, y simples alimentos, vivificado con el aire más puro, y fortalecido con la quietud y sueño tranquilo, goza de una salud, y robustez incomparables» ⁽³⁵⁾.

Se patentiza así la red discursiva de de Astigarraga. Es claro que el cuadro que leemos se distribuye sobre el par «bien/mal» y se compone de elementos exultantes propios de períodos en los que se operan transformaciones de las cuales se desconocen sus mecanismos. Escenas de virtudes y de vicios, idealizantes de la vida campesina donde el esfuerzo del

labrador logra la satisfacción de requerimientos familiares. Pensamiento reaccionario y utópico al mismo tiempo: un recordatorio tan idílico de las utilidades de la vida en el campo no puede cumplir otra función que la de exorcizar la angustia ante la decadencia de los valores fincados en torno a tal modo de vida; un acento tan marcado puesto en los solos beneficios no es más que la manifestación de un proceso de idealización del pasado que hace de él el lugar de la utopía de una edad de oro mítica ya perdida.

La última parte del texto que presentamos está dedicada a variados tópicos que no tienen ya ni la misma unidad ni se localizan en el mismo registro argumentativo.

Compara el trabajo de la tierra en la Península Española con el que se podría hacer acá, aquel mucho más penoso, engorroso, demandando utilización de animales e instrumentos de hierro y de madera, éste más fácil, exigiendo poco esfuerzo gracias a la abundancia de la naturaleza.

Dice que si acá nos dedicáramos a la siembra del trigo no sólo no tendríamos que traer harina sino que podríamos exportarla a las islas del Caribe; podríamos consumir buen pan y no los «ásperos, insípidos y débiles del maíz, y de la yuca, hechos bollos, y cazabe» ⁽³⁶⁾; lograríamos obtener «los caudales» de estas islas-colonias gracias a que podríamos venderles más barato que Europa y que los Estados Unidos de América. La única razón que da para afirmar tal cosa es la de la proximidad con ellos, siendo la primera y única mención que se hace del comercio en todo el texto.

Los habitantes debían pues abandonar la desidia y dedicarse a sembrar el trigo que puede dar en todas partes. Cuenta que en Santa Marta, el entonces gobernador Josef de Astigarraga sembró trigo en su huerta y obtuvo una mediana cosecha. Pero así mismo, el añil, el cacao, el café, el algodón podrían ser renglones exportables.

Todos estos frutos son «riquezas y tesoros» colocados en la superficie de la tierra y que nuestra ociosidad no nos ha dejado aprovechar para ser ricos como ninguno: reina por aquí la pobreza y la miseria.

32. De Astigarraga. *Op. Cit.* pp. 33-34.

33. *Ibid.* p. 34.

34. *Ibid.* p. 35.

35. *Ibid.* p. 36.

36. *Ibid.* p. 37.

Concluye con dos anécdotas de esas que fomentaban la curiosidad de los lectores de este tipo de periódicos: en la huerta del gobernador de Santa Marta ha visto plantas de maíz hasta con nueve mazorcas y con quince pies de altura; allí mismo se encuentra un árbol que alcanza a tener 38 varas castellanas de diámetro y que según los cálculos del corresponsal permitiría refugio debajo de él a unas 2.261 personas...

En el texto de Cicerón, *Los Oficios*, libro I, Cap. XLII, encontramos una exaltación de la agricultura que nos revela el lugar que ella ocupaba en las apreciaciones de los romanos, tanto con respecto a la industria y al comercio como con relación a los tipos de ganancia. «En cuanto a los oficios y géneros de ganancias, cuáles han de ser reputados por honrosos y cuáles por mecánicos, establecemos lo siguiente: En primer lugar, condenamos todo oficio odioso, como es el de los cobradores y usureros³⁷. También es bajo y servil el de los jornaleros, y de todos aquellos a quienes se compra no sus artes, sino su trabajo; porque en éstos su propio salario es un título de servidumbre. Asimismo se ha de tener por oficio bajo el comercio de los que compran a otros para volver a vender, pues no puede tener algún lucro sin mentir mucho, y no hay vicio más feo que la mentira. Además, es bajo todo oficio mecánico, no siendo posible que en un taller se halle cosa digna de una generosa educación. Tampoco son de nuestra aprobación aquellos oficios que suministran los deleites, los «pescadores, carniceros, cocineros y mondongueros» como dice Terencio. Y añadamos a éstos los que hacen comercio de aguas,

olores y afeites; los bailarines, los jugadores y todo género de tahúres. Mas aquellas artes que suponen mayores talentos, y que producen también bastantes utilidades, como la arquitectura, la medicina y todo conocimiento de cosas honestas, son de honor, y dan estimación a aquellos a quienes corresponden por su esfera. El comercio, si es corto, se ha de reputar por oficio ruin; pero si es mucho y rico, que conduce mercaderías de todas partes y las distribuye sin engañar a nadie no se ha de condenar enteramente. Y aun parece que merece con razón alabanza, si satisfecho el comerciante, o por mejor decir, contento con sus ganancias después de haber hecho muchos viajes por mar desde el puerto, se retirase desde aquí al descanso y sosiego de las posesiones del campo»³⁸.

No pretendo decir que estas apreciaciones de Cicerón (o las de Aristóteles) están en la disertación de de Astigarraga. Sólo quería mostrarles que nuestro español, escribiendo a fines del siglo XVIII en Santa Marta, algunos ecos recibía de tales discursos, dando de ellos una versión extremadamente católica y por ello mismo ajena a cualquier discurso económico conocido con posterioridad al siglo XV. Creemos que, como él mismo lo declara, sus muchas «ocupaciones» y su «poca instrucción» no le permiten adelantar ni un ápice en la comprensión de las conexiones reales existentes entre los procesos económicos y los efectos de pobreza y de miseria. Vicios, males, (como la desidia, el ocio, la codicia, la corrupción) explican aquello que pasa y él no entiende. Sólo queda aceptar la agricultura como ley de Dios y retornar entonces a una situación seguramente más primitiva que la ya existente en el siglo XVIII.

Dos, Dos

Muy distinto es el *Discurso* de Diego Martín Tanco, tanto por su tema como por las formas de su desarrollo. No podemos afirmar que exista intención polémica con respecto al de de Astigarraga, aun cuando haya sido publicado en el mismo *Papel Periódico* tres meses después. Puede que encuentre-

37. Recordemos que Aristóteles había escrito mucho antes de Cicerón: "Siendo doble la adquisición de los bienes, como hemos visto, es decir comercial y doméstica, ésta necesaria y con razón estimada, y aquella con no menos motivo despreciada por no ser natural y sí sólo resultado del tráfico, hay fundado motivo para execrar la usura, porque es un modo de adquisición nacido del dinero mismo, al cual no se da el destino para el que fue creado. El dinero sólo debía servir para el cambio, y el interés que de él se saca, le multiplica, como lo indica claramente el nombre que le da la lengua griega. Los padres en este caso, son absolutamente semejantes a los hijos. El interés es dinero producido por el dinero mismo; y de todas las adquisiciones es ésta la más contraria a la naturaleza" (Aristóteles, *La Política*. Libro I, cap. III. Barcelona: Vosgos, 1975. p. 24).

38. Cicerón. *Los oficios*. pp. 130-131.

mos palabras, nociones, temas análogos pero no existe un terreno común donde sea posible decir que el uno refuta, o siquiera discute al otro. Ya hemos dicho que los móviles de este texto eran otros, pero esperamos poder mostrarles que su autor no era contemporáneo del residente en Santa Marta aun cuando vivieron en la misma época. La historia de las ciencias es precisamente una ardua investigación porque no bastan las referencias a la literatura histórica general de un país para explicar las inercias de los prejuicios o la aparición de nuevos saberes. Ello implicaría «que la organización interna de una ciencia y sus normas formales pueden ser descritas a partir de sus condiciones externas (...) se encomienda a las determinaciones históricas la visión de dar cuenta de una científicidad. Pero esto es desconocer que el lugar de aparición y de despliegue de una ciencia no es (...) un conjunto de prácticas mudas, o de determinaciones extrínsecas, sino el campo del saber, con el conjunto de las relaciones que lo atraviesan» ⁽³⁹⁾.

Ese saber está anunciado por Tanco desde el primer párrafo. Escribe su discurso sobre «cómo aumentar la población» a partir de lo que ha leído en Campomanes y en Ward. Dicho de otra manera: Tanco sabe o cree saber que si se ha propuesto ese tema de concurso ha sido en el contexto del pensamiento mercantilista, y en él elabora su participación. Y por ello es premiado. La «Prevención del Redactor» dice: «Con alguna especie de sentimiento mirábamos la poca impresión que parecía haber hecho en el público el asunto promovido por el generoso patriota que ofreció el premio al que mejor disertase sobre los medios de aumentar la población de este Reyno. Pero al fin, en el segundo plazo que se dio tuvimos el gusto de recibir cinco discursos, de los cuales sólo dos se contrajeron rigurosamente al objeto esencial de la proposición. Ambos se han examinado con el esmero, escrupulosidad, y exactitud dignos del asunto: y aunque el otro está concebido con mucho arte y viveza de expresiones, carece en todas sus partes de la solidez y demostración que deben caracterizar a un escrito semejante: por cuyas circunstancias, la de menos difuso, y naturalidad de dicción, se ha pre-

ferido el siguiente» ⁽⁴⁰⁾. Esperamos no equivocarnos al proponerles esta «interpretación»: durante mucho tiempo nadie tuvo oídos para la cuestión; luego, cinco la escucharon; dos creyeron entenderla; finalmente Tanco se aproximó al fundamento de las tesis populacionistas: «los movimientos de la población tienen un sentido opuesto al del numerario. Este va de los Estados prósperos a las regiones de precios bajos; los hombres, en cambio, son atraídos por los salarios elevados y, en consecuencia, van hacia los países que disponen de un numerario abundante. Así, pues, los países pobres tienen la tendencia a despoblarse; la agricultura y la industria se deterioran y la miseria aumenta. Por el contrario, en los países ricos, la afluencia de mano de obra permite explotar nuevas riquezas, cuya venta aumenta en proporción a la cantidad de metal que circula. En consecuencia la política debe tratar de armonizar estos dos movimientos inversos de la población y del numerario. Es necesario que el número de los habitantes crezca poco a poco, pero sin detención, para que las manufacturas puedan encontrar siempre una mano de obra abundante; entonces los salarios no aumentarán más de prisa que las riquezas, ni los precios con ellos; y la balanza comercial podrá seguir siendo favorable» ⁽⁴¹⁾.

Pero vamos por partes.

Dos, Dos, Uno

Si nos atenemos a Sarrailh, hemos de decir que Tanco comienza su discurso calcándolo sobre el *Proyecto económico...* de Bernardo Ward ⁽⁴²⁾: «Ward aconseja a los españoles que apliquen a los cultivos de su país y a los de América los mé-

39. FOUCAULT, Michel. "Respuesta al círculo de epistemología". In Pierre Burgelin y otros. *Análisis de Michel Foucault*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1970. p. 262.

40. (Manuel del Socorro Rodríguez) *Op. Cit.* p. 129.

41. FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*, México: Siglo XXI, 1969. pp. 185-186.

42. Tanco parece estar en lo cierto cuando dice que el proyecto es de D. N. Campillo y no de Ward. Sarrailh explica en *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII* (México: F. C. E., 1974. p. 18 nota 3) que esta obra es en gran parte un plagio del *Nuevo sistema de gobierno económico para la América* de José de Campillo y Cosío (escrito hacia 1742).

todos utilizados para el lino de Irlanda. El «cuerpo de excelentes doctrinas económicas» expuestas en una serie de «admirables disertaciones de los hombres más hábiles del reino», «podrán ser muy útiles a una Junta nuestra...»⁽⁴³⁾. D. Martín Tanco lo dice más retóricamente: Campomanes y Ward y todos los que se han interesado en este asunto son «como los astros de primera magnitud, cuyas influencias fecundan la tierra para que produzcan los abundantes frutos con que se alimentan todas las especies animales; ellos engendran los preciosos metales, e iluminan el globo sirviendo de guía al que transita los campos y al que navega los anchurosos mares: iguales efectos emanan de sí los escritos de aquellos zelosos sabios»⁽⁴⁴⁾. Ya no estamos en la mítica «historia» de de Astigarraga sino en el dominio de los análisis de la riqueza donde el saber de aquellos políticos que han discurrido sobre la agricultura, la industria, el comercio y el gobierno van a permitir el discurso sobre los medios de fomentar la población: «Por ellos aprende el labrador el mejor modo de cultivar la tierra para hacer abundantes sus cosechas; el Fabricante y el Artista todos los medios de adelantar sus labores y manufacturas; el Comerciante los caminos de enriquecerse; y el Gobierno las providencias más acertadas para desterrar la ociosidad, ocupar a sus habitantes sin excepción de sexo, edad y facultades, y que de todo resulte la opulencia, el poder del Estado, su numerosa población, y un bien extensivo a toda suerte de Gerarquías»⁽⁴⁵⁾. El Discurso ha de leerse más como demostrativo y verdadero que como un juego oratorio o literario de tropos y figuras. Así Tanco busca «la solidez de los medios, y lo esencial de la utilidad»⁽⁴⁶⁾.

Comencemos: «Un Reyno no se debe llamar bien poblado aunque rebose de habitantes, si estos no son laboriosos, y se emplean útilmente en aquellas tareas que producen para el hombre, el alimento, el vestido, el adorno, y otras cosas propias para la conveniencia de la vida»⁽⁴⁷⁾. La noción de

población no remite inmediatamente a masa de habitantes de un territorio; la noción se conecta y está en función del empleo útil del trabajo siguiendo las políticas institucionales agrícolas, manufactureras y comerciales. En el *Discurso sobre el Fomento de la industria popular*, que el Consejo de Castilla le había publicado en 1744, Campomanes consideraba que los ociosos podían ocuparse en la agricultura, la industria y la artesanía (ésta permitiría la producción de artículos de primera necesidad con la ventaja de que las gentes permanecerían en los pueblos). «Mucho pueblo, ocupado útilmente todo, y una industria animada incesantemente por todos caminos... son los dos principios seguros y fecundos del engrandecimiento de una nación»⁽⁴⁸⁾.

La holgazanería conduce a los seres a su desaparición tanto física (mediando los males que transmitidos a su descendencia producirán cada vez más debilidad y flaquezas) como moral (mediante la multiplicación de los vicios que cada vez más hacen de sus portadores, monstruos).

Pero Tanco ampliará el argumento hasta un poco más allá: a los «pobres infelices». Todo reino que sólo tuviera «habitantes contentos con sembrar lo preciso para mantenerse» no sería más que otra modalidad de la holgazanería, y también estaría condenado a desaparecer pues «el malo y escaso alimento (que enerva las fuerzas del cuerpo para el trabajo); la inmundicia que es connatural, o como característica, del pobre; y su ningún recurso para resistir la intemperie (que atraen enfermedades que le debilitan) son otros tantos motivos o embrazos que se oponen al aumento de la población»⁽⁴⁹⁾.

Y no contento aún, finalmente lo ampliará más: «Igualmente sería miserable un Reyno, y sus naturales, si todos aunque aplicados al trabajo, se empleasen solamente en el cultivo de los campos y desatendiesen las demás artes: esto es que no hubiese más que Agricultura»⁽⁵⁰⁾.

Llegamos entonces rápidamente a las antípodas de de Astigarraga y de cualquier pensamiento

43. Sarraihl. *Op. Cit.* p. 234.

44. D. Martín Tanco. *Op. Cit.* p. 130.

45. *Ibidem*.

46. *Ibid.* p. 131.

47. *Ibid.* p. 132.

48. Cit. por Richard Herr. *España y la revolución del siglo XVIII*. Madrid: Aguilar, 1975. p. 42.

49. D. Martín Tanco. *Op. Cit.* p. 132.

50. *Ibid.* p. 133.

fisiócrata⁽⁵¹⁾. Es cierto que la agricultura es «la base de los Imperios, el firmamento de las Repúblicas» pero no se puede hablar de agricultura si «no se extienden sus tareas a formar crecidos acopios de frutos para vender a sus convecinos, y comprar con aquel producto lo necesario al abrigo de su cuerpo y comodidad de su habitación»⁽⁵²⁾, si no participa en la búsqueda de la «opulencia y la población» uniéndose con sus compañeras (fábricas, artes y comercio), «o al menos con el Comercio activo»⁽⁵³⁾. Encontramos así el primer rasgo de un pensamiento mercantilista: *la actitud favorable a vender*⁽⁵⁴⁾.

«Sólo el Reyno, que reuna en las tareas de unos habitantes⁽⁵⁵⁾, la agricultura, las artes, y el comercio, será rico, y se poblará, hasta donde puedan extenderse sus límites»⁽⁵⁶⁾. Este será el objetivo propuesto por el *Discurso*. Digo «objetivo» porque Diego Martín Tanco es bien explícito en afirmar que según esto el Nuevo Reino de Granada no debe esperar «prosperidad, abundancia y multiplicación de sus individuos» de seguir imperando las formas propias de «vagabundos» o de sólo «labradores».

No se puede decir que existan manos atadas para que no se recojan los frutos, no existen prohibiciones para superar la miseria, ni impedimentos para sembrar lo que se quiera, ni gobierno que obstaculice los hilados, los tejidos, las artes del adorno o los caminos para mercadear los productos. «¿Pues qué misterio es éste? Yo os lo diré. Para que la Agricultura, las Artes y el Comercio produzcan todos los beneficios que encierran en sí, es necesario que el labrador sepa la economía de sus labores, que conozca bien las calidades de los terrenos, los medios de mejorarlos, quales frutos son los más convenientes sembrar según su naturaleza; y quales

pueden producir más utilidad. El Artesano y el Fabricante, deben aprender á perfeccionar las labores mecánicas subalternas, y por este medio lograr la estimación del pronto despacho de ellas, y la preferencia por la moderación de sus precios. El Comerciante debe asimismo estar impuesto, quales frutos combendrá llevar ahora á aquella parte, y quales a la otra: hacer viages personalmente para conocer los caracteres y gustos de los habitantes de cada Provincia: Promover la aplicación de los Artistas con premios, ó anticipados préstamos, y últimamente ejerciendo en todo la buena fe para afirmar su crédito»⁽⁵⁷⁾. Para promover tales actividades, Tanco pasará a la Segunda Parte del Discurso donde hablará de los medios que han de adoptarse.

Dos, Dos, Dos

El medio que es propuesto por nuestro autor es el mismo que ya había sido ordenado para la Península, por Campomanes a través de su circular del 18 de noviembre de 1774: fundar Sociedades de Amigos del País⁽⁵⁸⁾. Sigamos en el texto de R. Herr la presentación que hace del *Discurso sobre el fomento de la industria popular* escrito por Campomanes y paralelamente leamos a Diego Martín Tanco.

1. Para establecer industrias regionales «recomendaba, como más apropiados para realizar esta labor, cuerpos patrióticos formados a imitación de la Sociedad Vascongada de Amigos del País»⁽⁵⁹⁾.

1'. «¿Quales son, pues, aquellos a quienes la Matriz debe el estado de restauración en que se halla? No son otros en lo principal, que los establecimientos de las Sociedades»⁽⁶⁰⁾.

2. «La nobleza de las Provincias, que por lo común vive ociosa, debería ser la primera en poner

51. Puede que Sarrailh (p. 546) tengas razones para hablar de los ecos fisiócratas en las obras de Ward y Campomanes; Herr (p. 41. nota 32) —siguiendo a E. J. Hamilton— habla de la «naturaleza fundamentalmente mercantilista de su pensamiento».

52. D. Martín Tanco. *Op. Cit.* p. 132.

53. *Ibid.* p. 133.

54. E. Roll. *Op. cit.* pp. 67-68.

55. Es decir, que tenga «población» en el sentido de Tanco.

56. Diego M. Tanco. *Op. cit.* p. 185.

57. *Ibid.* p. 187.

58. Para la historia de estas Sociedades, cfr. Jean Sarrailh. *Op. cit.* Segunda parte. Capítulos IV y V, pp. 230-289.

59. R. Herr. *Op. cit.* p. 130.

60. D. M. Tanco. *Op. cit.*, p. 188.

en marcha estas sociedades, manteniéndolas a la vez con su actividad personal y con sus fortunas» ⁽⁶¹⁾.

2'. «Si nobles Vecinos de Santafe (...) ¿de que servirían aquellos estampados en los libros, sino se llevasen a la egecución? ¿Se habrían cansado y sudado en balde sus beneficios y zelosos autores! Por cierto que así sucedería, si los hombres ricos, hacendados y laboriosos, no los estudiasen, y transmitiesen sus reglas con el ejemplo, a los pobres y demás Vecinos» ⁽⁶²⁾.

3. «Tales sociedades eran las únicas, en el pensamiento de Campomanes, capaces de determinar exactamente en qué situación se encontraban sus provincias y cuál era la clase de industria que convenía a cada una de ellas» ⁽⁶³⁾.

3'. «La prudencia enseña que adopten, aquellos que no siendo incompatibles con la constitución del Gobierno, naturaleza del clima, racionalidad de sus habitantes y disposición de los terrenos, tienen en su favor la experiencia de ser eficaces, activos y benéficos» ⁽⁶⁴⁾.

4. «Su labor consistiría en fomentar la agricultura, el comercio y la industria, familiarizarse con los tratados de economía, traducir y publicar los libros extranjeros e inspeccionar la enseñanza de las matemáticas y de los oficios» ⁽⁶⁵⁾.

4'. «Observan los defectos de la agricultura, la imperfección en las artes, la languidez en el comercio, y saben estudiar los medios de enmendar los unos, de introducir el gusto y buenas reglas en las otras; y de proporcionar al último los auxilios necesarios para que pogrese y se extienda con utilidad de todo el Reyno ⁽⁶⁶⁾. En tales juntas formadas por el amor patriótico, los unos estudian sobre los muchos tratados, que hay escritos en nuestro idioma, que enseñan las reglas mecánicas de las artes, el modo de mejorar los terrenos, y otros medios de adelantar la agricultura; mientras los demás ponen en prácti-

ca los mismos preceptos, para ejemplo y estímulo del labrador y del artista» ⁽⁶⁷⁾.

5. «Además, era necesario que personas representativas de todas las clases sociales formasen estas sociedades, y la única diferencia de categoría entre ellas en las reuniones debería ser la de miembros que desempeñan cargos y los que no. Las diferencias fundadas en las distinciones sociales no deberían ser aceptadas» ⁽⁶⁸⁾.

5'. «Reunidos los talentos de los buenos y zelosos Patriotas de cada Provincia ha esparcido sus luces á todas ellas, enseñando a unos, estimulando y premiando a otros, y formando en todos las ideas verdaderas de la felicidad temporal; hermanados en ellas los espíritus de aquellos Sabios, ilustres y poderosos compatriotas, miran como desde una atalaya con ojo reflexivo, toda una Provincia» ⁽⁶⁹⁾.

6. «Campomanes: 'Sin desembolso alguno del Estado, serían los nobles los proveedores de la industria y el apoyo permanente de sus compatriotas' (pp. LIX-LXI)».

6'. En la citación del concurso (Nº 13 del 6 de mayo de 1791) se decía que se premiará «un discurso haciendo ver con sólidas y bien fundadas razones el modo de aumentarse la población, en términos, que de aquí a quarenta o cincuenta años pueda probablemente esperarse una considerable mutación en *orden a las artes, industria* y demás objetos que forman el buen estado de una República (...). Los medios que se propongan deberán ser obvios y sencillos, *sin que de dicho proyecto resulten costos al Real Erário, ni gravamen al Público*». ¿Cómo hubiera podido no haber ganado el premio Diego Martín Tanco?

Dos, Dos, Tres

Vayamos directamente a la sección dedicada al comercio: «Este produce en el cuerpo político de un Estado los mismos favorables efectos que la san-

61. R. Herr. *Op. cit.* loc. cit.

62. D. M. Tanco. *Op. cit.* p. 189. Cfr. además el texto de Tanco en donde habla de la "Formación de la Sociedad", socios vocales y beneméritos, pp. 194-195.

63. Herr. *Op. cit.* p. 130.

64. D. M. Tanco. *Op. cit.* p. 188.

65. Herr. *Op. cit.* p. 130.

66. D. M. Tanco. *Op. cit.* p. 188.

67. *Ibid* p. 189.

68. Herr. *Op. cit.* p. 130.

69. D. M. Tanco. *Op. cit.* p. 188 y "Formación de la Sociedad" pp. 194-195.

gre en el humano: le alienta, le fortalece, y le da vigor a todos sus miembros, en virtud de una circulación reglada y económica de sus frutos y *caudales* ⁽⁷⁰⁾. Por medio de las ventas, cambios, y contratas, abastece a unos pueblos de la que necesita, con lo que a otros les sobra: mantiene al arriero, y al marinero con la misma exportación: *Enriquece al Herario*, y este sostiene la defenza de sus intereses con Exércitos y Armadas: fomenta al Labrador, y al Artesano, por medio de las compras de sus frutos, y efectos: En una palabra es el alma de los Estados; y por consiguiente un Reyno sin Comercio exterior, o interior, es un cuerpo tullido, elado, y sin movimiento en sus miembros, ni calor para vivir mucho» ⁽⁷¹⁾.

Subrayemos en este punto una segunda característica del mercantilismo: *la circulación es una de las categorías fundamentales de su análisis*. Quizás Diego M. Tanco no quiera hacer mucho énfasis en que toma la moneda y la riqueza en el espacio de los cambios y de la circulación: prefiere poner el acento en los abastecimientos de mercaderías que satisfacen necesidades de los pueblos, de arrieros, marineros, militares, labradores y artesanos. Un poco antes ⁽⁷²⁾, en vez de abundar en el tema de las minas se limita a recordar la voz de quien fuera el maestro de Campomanes, Melchor Rafael de Macanaz, cuando le escribe a Felipe V: «Es constante que el producto de las minas de oro y plata autoriza con las otras á la nación que las posee; pero no es menos cierto que al paso que á las otras enriquece, ella misma se debilita. Todas acuden á su fama: todas participan de sus tesoros y para ella solo queda la desdichada carencia de lo mismo que produce. La ambición de tener mucho caudal en poco tiempo, bien que tenga alguna excepción en esta regla, como todas, es tan corta, que se puede contar por única en su especie. Nada produce más que las mismas ⁽⁷³⁾, ni nada hace más brevemente poderosos que sus productos; pero sin embargo todo esto es indispensable que el Rey prudente y deseoso de todo el lustre y abundancia de su Reyno, atienda á que

la opulencia que le destinan la (sic) mismas ⁽⁷⁴⁾ es el conducto por donde insensiblemente se deshace y se empobrece su Corona». Se nota entonces la doble tensión del mercantilismo: la moneda es lo que permite representar las riquezas, y por tanto lo que empuja la circulación, pero sólo lo logra siendo ella misma riqueza. La moneda es pues puro signo pero al mismo tiempo riqueza acumulable. En los oídos de Tanco resuena el consejo del Fiscal del Rey: no dejar escapar los metales hacia el extranjero sino acumularlos para consumirlos en el cambio. Es decir, *fomentar el comercio exterior* (3a. característica mercantilista) y buscar *acumular dinero amonedado*. Hacía 150 años, Hobbes lo había escrito: «Por preparación entiendo la reducción de todos los bienes (...) a alguna cosa de valor igual pero al mismo tiempo lo bastante portátil (...). Y esto no es sino oro, plata y dinero. Porque siendo el oro y la plata (como sucede) muy valorados en casi todos los países del mundo, sirven como medida cómoda para el valor de todas las demás cosas entre naciones (...) y el dinero pasa de hombre a hombre dentro de la república, y da la vuelta alimentando (según circula) a cada una de sus partes, con lo cual esta preparación es como si fuese la sangui-nización de la república. Porque la sangre natural se hace, del mismo modo, a partir de los frutos de la tierra, y circulando alimenta de paso a cada miembro del cuerpo de un hombre. Y puesto que el oro y la plata obtienen su valor de su propia materia, poseen en primer lugar el privilegio de que su valor no puede ser alterado por el poder de una ni de pocas repúblicas, pues constituye una medida común para los bienes en todos los lugares (...). En segundo lugar, tienen el privilegio de hacer que las repúblicas se muevan y estiren los brazos cuando hay necesidad en dirección a países extranjeros, y proporcionan provisión no sólo a los súbditos privados que viajan sino también a ejércitos enteros (...)». Y añade Hobbes sobre los conductos y el camino del dinero hacia el uso público: «Los conductos son de dos tipos: uno que lo transmite a los cofres públicos y otro que lo hace salir de nuevo para los pagos públicos. Al primer tipo pertenecen los recaudadores, receptores y tesoreros; en el segundo tipo están otra vez los tesoreros y los funcionarios designados para el pago de los diversos mi-

70. Los subrayados de este párrafo y del anterior son míos.

71. D. M. Tanco. *Op. cit.* p. 209.

72. Tanco. *Op. cit.* pp. 198-199.

73. Seguramente es un error de imprenta por "minas".

74. Otra vez debe ser el mismo error.

nistros públicos o privados. Y en esto mantiene también el hombre artificial su semejanza con el natural, en el que las venas, recibiendo la sangre proveniente de diversas partes del cuerpo, la trasladan al corazón, desde donde éste, tras vitalizarla, la envía de nuevo a través de las arterias para animar y permitir el movimiento de todos los miembros» ⁽⁷⁵⁾.

Diego M. Tanco repite la metáfora de Hobbes que permitió ajustar el análisis de las riquezas al modelo de la circulación de la sangre de Harvey: circuito venoso de los impuestos que lleva al Estado una masa de metálico, que acuñado regresa por el circuito arterial para activar los cambios del comercio, la producción de las fábricas y los pagos a la agricultura.

«Pero la transferencia de este modelo fisiológico sólo ha sido posible por la apertura más profunda de un espacio común a la moneda y a los signos, a las riquezas y a las representaciones» ⁽⁷⁶⁾.

El análisis de las precisas tareas que son asignadas a la «Sociedad de Amigos del País» en lo tocante a la agricultura, las fábricas y artes, y el comercio debe ser hecho alguna vez al detalle para conocer cómo se imbricaban las propuestas que se hacía con las realizaciones económicas de fines de la colonia, pasando por este elemento de saber mercantilista.

Terminemos haciendo algunas anotaciones sobre las diferencias Tanco-Caldas en las apreciaciones de las relaciones clima-población-moral.

Tres, Uno, Uno

En un trabajo anterior ⁽⁷⁷⁾ habíamos dicho que las perspectivas con respecto al influjo de los cli-

mas en los comportamientos morales de los hombres eran divergentes en Caldas y en Tanco. Pero que tanto la una como la otra usaban términos ya tradicionales para plantear el problema al cual no daban solución original.

Recordemos al asunto: Caldas había escrito en el «Estado de la Geografía del Virreinato...» ⁽⁷⁸⁾ la siguiente expresión: «Hay pocos puntos sobre la superficie del globo más ventajosos para observar, y se puede decir para tocar el influjo del clima y de los alimentos sobre la constitución física del hombre, sobre su carácter, sus virtudes, y sus vicios». Con fecha 10 de febrero de 1808, Diego M. Tanco le escribe a Caldas diciéndole que, aunque él sabe que muchos pueden ser los filósofos que apoyen sus tesis, sin embargo, él piensa combatirlas utilizando la experiencia y la historia para que el lector imparcial decida. «Parece que no queda duda que por esta aserción cree usted *que el clima y los alimentos influyen directamente sobre las virtudes y sobre los vicios de los hombres; (...)* La mía no conoce otro principio para obrar el hombre el bien o el mal, que su misma constitución, los buenos o los malos ejemplos que se le presenten, y la buena o mala educación que reciba; siendo en consecuencia indiferente para lo uno y para lo otro la influencia del clima y de los alimentos» ⁽⁷⁹⁾.

Para probar su aserto, Tanco comienza por avanzar una identificación y hacer una distinción. La moral de los hombres es por esencia la razón, y la razón es algo distinto de las pasiones. Es posible convenir que los climas extremos actúan sobre las pasiones, obran sobre los sentidos, pero tales impulsos son indiferentes para obrar el bien o el mal.

«La naturaleza ha puesto en nuestra alma dos potencias que se balancean siempre en una misma proporción: cuando el sentido físico nos abate por la fuerza del amor, el sentimiento moral de la ambición nos eleva. Este equilibrio tan necesario al imperio de la virtud, subsiste siempre y no se altera, sino en aquellos en quienes ha sido destruido por los malos hábitos de la sociedad, y más frecuentemente por los de la educación. Entonces, no teniendo ya la pasión dominante algún contrapeso,

75. Thomas Hobbes. *Leviatán*. Madrid. Nacional, 1983. pp. 335-337.

76. M. Foucault. *Op. cit.* p. 177.

77. Luis Alfonso Paláu C. «Caldas: autor de un pequeño tratado pascaliano de Antropo-geografía». *Revista de Extensión Cultural*, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, números 16-17. pp. 27-37.

78. Francisco José de Caldas. *Semanario de la Nueva Granada*. T. I. Bogotá: Kelly, 1942. pp. 15-54.

79. *Ibid.* pp. 61-62.

se hace dueña de todas nuestras facultades; pero esta falta más debe atribuirse, como se ve, a la sociedad que a la naturaleza; y si la educación es la principal causa de aquel desorden, por ella puede corregirse, sin recurrir al inútil remedio del temperamento» ⁽⁸⁰⁾.

Se trata de un dominio bien distinto al escogido por Caldas. No es asunto de causalidad físico-geográfica, sino de motivaciones ético-jurídicas. Estas son la razón de ser de los hombres y a ellas apunta la acción de la educación y de la sociedad. En el punto de equilibrio los hombres hacen el bien; cuando la mala educación o los malos hábitos sociales introducen desórdenes, es también a ellas a las que hay que recurrir para restablecer el orden.

Pero Tanco va más allá. Es posible hablar de una razón de ser de la naturaleza misma en lo que respecta al hombre, a su cuerpo: «el cuerpo del hombre no está sujeto a las mismas leyes que el resto de los animales». Esto le permite llegar hasta una formulación que él mismo considera paradójica: «las estaciones de calor y frío no influyen sobre las pasiones del hombre, sino obrando más sobre su moral que sobre su físico». Pero existe una moral de la naturaleza, una razón de ser:

Experimentos probatorios:

1. El calor y el frío pueden afectar los partos y desarrollo de animales y plantas. Los de los hombres, «sean blancos o negros, las mujeres todas llevan sus hijos nueve meses en su seno».
2. El equilibrio de la población entre las naciones.
3. La admirable proporción en la cual nacen los dos sexos.

«El clima influye sobre la moral del hombre; pero jamás creeré que le determine a obrar el bien o el mal» ⁽⁸¹⁾.

Los argumentos de orden «histórico» son más nítidos:

1. Con respecto al valor:

Montesquieu ha posibilitado decir que en las altas montañas del norte campea la libertad

mientras que en las bajas tierras del sur asfixia la esclavitud. Tanco pregunta ¿acaso no existen montañas monárquicas —no libres— como Saboya, una parte de los Alpes, el Apenino y los Pirineos? ¿Acaso no existen en Europa llanuras republicanas como las de Holanda, Polonia, Venecia e Inglaterra? Los paisanos de Rusia y de las frías montañas de Bohemia, los turcos con su dulce clima... han sido pueblos de feroces conquistadores; mientras en las costas del Africa y su parte septentrional se encuentran repúblicas a pesar de ser ardentísimos.

2. Con respecto al amor:

Comienza con la célebre expresión de Bernardín de Saint Pierre: «en todos los países el amor es la zona tórrida para el corazón del hombre». En todas partes y para todos los hombres existe el amor. «Las reparticiones que han hecho los filósofos-climistas, poniendo el amor entre los pueblos del mediodía y el valor en los del norte, han salido de su pura imaginación» ⁽⁸²⁾. La mejor prueba de eso está en que se usan estas polaridades cuando de extranjeros se trata, pero cuando se habla de los propios siempre se reúnen las dos cualidades. Tanco ha tocado el mecanismo propio de todo racismo: la incapacidad de aceptar la diferencia está en la base del rechazo de aquellos en los cuales no nos reconocemos. ¿Cómo seguir diciendo que «un musulmán con su serrallo es un afeminado» falto de valor o que «un ruso o cualquier habitante del norte es un dios Marte» sin amores? Otro caso: «¡Que diferencia tan enorme no se toca entre los griegos del día, charlatanes, aduladores, engañosos, tan amantes de la vida, y los turcos, sus amos, tan silenciosos, altaneros, sinceros y siempre prontos a consagrarse a la muerte! Pues, a pesar de esto, aquellos hombres tan opuestos, ha muchos siglos que están naciendo en unas mismas ciudades, respiran el mismo aire, y viven de los mismos alimentos» ⁽⁸³⁾.

En fin, ¿cuándo se ha visto que la virtud y el vicio se comuniquen por la sangre? Pompeyo, tan

80. *Ibid.* pp. 62-63.

81. *Ibid.* p. 64.

82. *Ibid.* p. 65.

83. *Ibid.* p. 66.

generoso, hijo del infame y avaro Strabon. El cruel Domiciano era hermano del bondadoso Tito. El gran germánico tuvo como hijos a Calígula y Agripina. El bárbaro Cómodo era hijo del filósofo Marco Aurelio. Incluso, ¡cuánto cambio en un mismo hombre: Nerón, padre de la Patria, a Nerón, enemigo de ella; Tito, casi un segundo Nerón, a Tito, honrado y con lágrimas despedido!

«En una palabra; el clima, los alimentos, la nación, la familia, el temperamento, no determinan absolutamente al hombre a abrazar el vicio o la virtud; todos y en todas partes son libres en hacer la elección» ⁽⁸⁴⁾.

Tres, Uno, Dos

Espero que esta lectura muestre que son muchas las posibles, pues el *Papel Periódico* no ha pasado de ser, en nuestra historia literaria, una simple referencia. Sabemos que fue el primer periódico que circuló entre nosotros y nada más. Y sin embargo, por él circularon ideas, curiosidades, prejuicios, relatos, imagerías, poemas, sermones que esperan aún el trabajo de los historiadores.

84. Ibid. p. 67.